

Reflexiones sobre la Evangelización de la Cultura

Exposición de Ludovico Videla en la Academia del Plata de Córdoba, martes 10 de octubre de 2017, Academia de Ciencias.

La Academia del Plata, inicialmente bautizada como academia literaria del plata, fue fundada el 20 de abril de 1879, por un grupo de jóvenes egresados del Colegio del Salvador de Buenos Aires. Los jóvenes fundadores estaban ávidos de colaborar en la evangelización de la cultura, principalmente a través de su vocación literaria.

Según he leído, la Real Academia de la Lengua Española, promovía la creación en hispano América de instituciones similares y este impulso llegó hasta nuestros fundadores, si bien los acontecimientos posteriores determinaron un rumbo diferente.

La cultura dominante en aquellos tiempos era de orientación laicista y en cierta medida rechazaba la tradición hispánica y católica y aspiraba a reconstruir el país de la nada.

Como en toda tradición cultural habíamos heredado cosas buenas y malas, pero el espíritu revolucionario iluminista quería suprimir todo, incluso apelando a la violencia, como sucedió con el incendio intencional de 1875 del Colegio del Salvador.

Este signo inicial de un entorno laicista, anticatólico y que incluso apela a la violencia, ha estado presente en nuestra historia con diferentes matices y vuelve a presentarse hoy como un renovado desafío. Para algunos estamos inmersos hoy a nivel mundial en una verdadera guerra cultural.¹

Las preguntas que hoy nos hacemos son parecidas a las que se hicieron nuestros fundadores hace 138 años; ¿Cómo evangelizar la cultura? ¿Cuál será

¹Ver por ejemplo, Kreeft, Peter, 2002, *Como ganar la Guerra cultural*, Ediciones Cristiandad, Madrid.

la estrategia más eficaz para ello? ¿Qué debemos y podemos hacer en concreto?

Cultura es la forma, el instrumento que tiene el hombre para la transformación de la naturaleza y su entorno.

La constitución *Gaudium et Spes* dice que “es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadera y plenamente humano si no es mediante la cultura, es decir cultivando los bienes y los valores naturales”. nº53

Es decir, la cultura no es un fin en sí mismo, sino solo un medio para llegar al humanismo integral. Al bien de todo el hombre y todos los hombres, como decía Pablo VI.

Ahora bien este sentido instrumental de la cultura, nos lleva a la pregunta sobre qué es lo bueno y que es lo malo en la cultura, de su adecuación a nuestro fin y a la verdad sobre el hombre. ¿A que debe apuntar la cultura?

Sabemos muy bien que hay diversas expresiones culturales que lejos de contribuir a la plenitud humana, constituyen agresiones a los derechos de la persona y por tanto no pueden ser considerados como expresión de verdadera cultura, aun cuando estén profundamente arraigados en las tradiciones ancestrales de los pueblos y de las comunidades.

El justo respeto a la diversidad cultural, que puede enriquecer otras tradiciones, tiene límites precisos y definidos.

La dignidad humana debe respetarse siempre. Por ello no podemos aceptar ni los sacrificios humanos, ni el canibalismo, ni la sujeción discriminación y maltrato de la mujer, ni el aborto, ni la eutanasia, ni tantos otros usos y practicas degradantes. La diversidad cultural no puede usarse para justificar estas costumbres antihumanas.

La cultura además del sentido antropológico al que nos referimos, tiene también una comprensión socio histórica, una realización en la historia que se expresa en la noción de tradición. Pero no es una comprensión de la tradición como restauración del pasado, sino de su sentido original derivada

de los dos términos latinos que componen esta expresión TRANS y DARE que pueden traducirse como “lo dado desde antes”, lo recibido, el patrimonio que hace referencia a los padres.

En esta interpretación, preferida por Benedicto XVI, el acento se pone no solo en el dinamismo actual (el presente) – que es la perspectiva del inmediatez- o lo proyectivo-perspectiva ilustrada de las ideologías utopistas, sino que aparece un horizonte que tiene sus raíces en lo recibido, el pasado.

La dinámica cultural debe ser entonces un ámbito abierto al pasado, al presente y al futuro. Como dice Benedicto XVI “toda realidad cultural es al mismo tiempo memoria del pasado y proyecto para el futuro”.²

El regalo del pasado más importante que ha recibido la humanidad es el legado de la creación del mundo y del hombre a imagen de Dios. El Génesis nos explica “en el principio creo Dios los cielos y la tierra. La tierra era algo caótico y vacío y las tinieblas cubrían el abismo”. (Gen 1.1)

Dios crea por orden de dignidad y de acuerdo a un plan. Dios le otorga un propósito y finalidad a la creación. Como enseña Santo Tomás, Dios ordena el universo como un todo y ese orden magnífico y misterioso, refleja su Gloria.

En el caso del hombre, Dios nos da la ley para que siguiéndola alcancemos la felicidad y el gozo. La ley es un regalo del amor de Dios, es un camino que nos lleva hasta Él.

Cristo no viene a abolir la ley, El nos dice “no penséis que he venido a abolir la ley y los profetas. No he venido a abolir sino a dar cumplimiento” (Mat. 5, 17)

Romano Guardini, dice que el plan individual de Dios para cada uno de nosotros, se resume en una palabra, que debemos descubrir para comprender lo que el amor de Dios nos reserva.³

² Discurso en el Congreso “Patrimonio Cultural y Valores de la Universidades Europeas”, 1 de abril de 2006.

³ Sobre el carácter verbal de la Creación, ver Guardini, Romano, 2000, *Mundo y Persona*, Encuentro, Madrid.

En el plano social y colectivo, tenemos la ley, el orden natural. Podríamos decir que la evangelización de la cultura, que es el objetivo de nuestras academias, consiste a mi juicio en lograr una aceptación voluntaria y libre del orden preparado por Dios para nosotros: el orden natural.

La ley positiva, que es el orden donde se mueve la sociedad, idealmente debe estar inspirada por el orden natural de Dios.

Ello ha sucedido por muchos años e incluso mandatos universales contemporáneos, como la Declaración de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, tienen esta inspiración.

Pero debemos advertir que la ley positiva aun inspirada en el orden natural, no arregla nuestros desaguados. La cultura precede a la política y la ley. Si la cultura no es cristiana, buenas leyes positivas de poco servirán.

La reciente revolución contestataria y nihilista que afecta a buena parte de Occidente viene por el derecho, e impone cambios que inducen conductas contrarias al orden natural. Sin embargo fueron precedidas por modificaciones culturales que iban en esa línea.

La *Pew Research Foundation* realiza una consulta en todo el mundo sobre las actitudes frente a la religión. Nuestro país en el que un 75% se llama católico, solo el 7% concurre semanalmente al culto. En un entorno tan adverso, la nominalidad de ser católico se irá posiblemente perdiendo en el tiempo.⁴

El Cardenal Ratzinger nos alertaba hace un tiempo, decía, “una cultura y una Nación que se distancia de las grandes fuerzas éticas y religiosas de su propia historia, comete suicidio. Por el contrario preservar este legado, es la condición para conservar la libertad frente al nihilismo y sus consecuencias totalitarias. “

Un escollo habitual en la discusión de estas cuestiones, que frecuentemente recoge el periodismo, es que los católicos no deberíamos imponer nuestras

⁴ Pew Research Center, Religion and Public Life, Latin American view on the Economy and Poverty, November, 2014, www.pewforum.org/2014/11/13/chapter-6-views-on-the-economy-and-poverty

convicciones a los demás a través de la ley positiva. Sin embargo este argumento no hace sentido. En la práctica, todas las leyes incorporan ciertos criterios morales, que se imponen a los demás.

Ciertamente, las personas que promueven el aborto y las uniones entre personas del mismo sexo, están muy cómodas en coartar o reprimir a través de los tribunales y el Parlamento a los que cuestionan este tipo de legislación.

Es que vivimos hoy una disyuntiva que es central: la sociedad necesita un orden para funcionar, ese orden o es el orden natural o se lo reemplaza por el ejercicio del poder coercitivo, que termina imponiendo su voluntad. Podríamos decir orden natural o poder despótico.

Vinculado a esto está la cuestión de la verdad. Aldous Huxley en 1932, en su novela *Un Mundo Feliz*, predijo que el aspecto característico de la modernidad sería la falsedad. En la falsa realidad, con su falsa verdad o con la ausencia de la verdad se impone el relato, como diríamos hoy en la Argentina. Relato que impone el que tiene más poder.⁵

A la verdad se la considera un concepto subjetivo que no puede ser tomado como un parámetro de vigencia general. Se ha suprimido la distinción entre lo auténtico y lo falso. Todo es negociable.

Huxley incorporaba en su novela un “Ministerio de la Verdad”, lo que haría las delicias de nuestros estadistas locales, que ante cada carencia que enfrentan responden creando una burocracia ministerial.

Hoy saliendo de la novela, en la realidad, los términos del dilema son verdad o relato impuesto por el poder.

Desafortunadamente la política se ha despegado hace tiempo de la preocupación por la verdad y busca afanosamente el poder para imponer su relato.

⁵ Huxley, Aldous, 1932, *Brave New World*, New York, hay traducción castellana.

Recuerdo en ese sentido el daño que hizo John Kennedy en su famosa conferencia de 1958 ante los pastores protestantes bautistas, en la campaña presidencial que finalmente gano y llevo a un católico por primera vez a la presidencia. Kennedy dijo ahí que si sus convicciones religiosas y morales se enfrentaban con la “razón de Estado”, el dejaría sus convicciones de lado. Marco entonces una separación absoluta entre el Estado y la religión, que por cierto no está ni en la tradición estadounidense ni en la nuestra.⁶

La política es ciertamente la forma más exquisita de la caridad, y es muy deseable que los católicos participen en ella, como nos invita a ello el Papa Francisco, pero sin dejar de lado la verdad. La política sin verdad se convierte en un instrumento de opresión y tiranía.

El **QUI EST VERITAS** de Pilatos sigue estando presente en nuestros días en la política y en la sociedad, para esto lo mejor que podemos ofrecer es a Cristo.

Como en otras épocas estamos llamados dar testimonio del amor de Cristo, de la verdad de la persona humana, de la ley natural como fundamento de la moral y de la convivencia social pacífica y en libertad.

Pero además de este problema de la verdad que Benedicto llamo la “dictadura del relativismo”, hay dos peligros adicionales a los que quiero referirme brevemente.

Por una parte esta la pretensión científicista de querer imponer como ciertas, especulaciones improbables, que no pasan de meras hipótesis.

Con el prestigio de los logros científicos y tecnológicos, sin duda innegables, se vende gato por liebre. Pensaba sobre esto cuando leí un reportaje a una paleontóloga argentina muy destacada, Beatriz Aguirre Urreta, Premio Fundación Bunge y Born 2016 y especialista en amonites, caracoles, que existieron hace 130 millones de años.

En el reportaje y sin necesidad, critica a los “creacionistas” y a los defensores del “diseño inteligente”, y propone como cierto su versión: “nosotros los

⁶ Es interesante la reflexión de Mnsr. Chaput sobre este discurso, cfr. Sandro Magister, L'Espresso, 2010.

hombres somos lo que somos por una serie de casualidades enormes. Tenemos unos 200 mil años, que para un geólogo es nada. Cuando me preguntan si es posible que haya vida en otro planeta, respondo que puede ser pero no será parecido a lo que conocemos, porque la serie de accidentes producidos al azar a lo largo de tres mil millones de años de evolución son únicos y no se pueden replicar. ⁷

Para mí, la hipótesis de que el azar definió al hombre no es verificable ni plausible. No alcanzan los ceros para medir la probabilidad de que sucesos independientes a lo largo de millones de años, resulten en el hombre ser espiritual e inteligente. No es ciencia.

Por ello una precisión del ámbito de la Fe y de la razón o de la ciencia es muy buena para los dos campos, y sin duda, la Academia del Plata puede hacer sus valiosos aportes en esta línea.

La otra cuestión central para nuestra cultura es el tema de la vida. Msr. Charles Chaput, obispo de Filadelfia y gran intelectual católico reconocía el valor profético de Pablo VI en su Encíclica *Humane Vitae*. ⁸

Por una parte el Pontífice nos decía que la divulgación de la contracepción llevaría a una mayor infidelidad conyugal y a la caída moral de las costumbres.

En segundo lugar admitió que se perdería el respeto del hombre para la mujer. La píldora que se presentaba falsamente como liberadora de la mujer, en realidad fue lo contrario.

Tercero la contracepción sería una peligrosa arma en manos de las autoridades, llevando a abusos como el aborto, la esterilización y otros procesos semejantes.

⁷ Cfr. Scarpelli, Agustín, “Retrato del Cretácico en unas cuantas caracolas”, Revista Ñ – Ideas , 2 de enero de 2017.

⁸ Chaput, Charles, “ Humane Vitae es un testimonio de la verdad,” 21 de junio de 2017, <http://es.gaudiumpress.org/content/88071>

Finalmente la píldora podría llevar a pensar en un dominio de su propio cuerpo convirtiendo a la persona en el objeto del poder intrusivo del hombre.

Todo esto se ha cumplido y se ha probado que la separación del aspecto unitivo del procreativo, lejos de favorecer las relaciones entre el hombre y la mujer, han llevado a un abaratamiento del sexo.

Hoy hay menos sexo que antes. Se ha probado que las relaciones personales estables y amorosas, que expresan un compromiso integral son cada vez más difíciles de alcanzar. Por ello se posterga el compromiso conyugal o directamente no se da.⁹ El Dr. Obiglio, mi colega en la Academia profundizara este tema de la vida.

Me queda solo la oportunidad de esbozar una conclusión, e intentar una propuesta personal y solo provisoria para debatir internamente.

En primer lugar quiero enfatizar algo que por experiencia personal me parece central en una institución católica como la Academia. Todo nuestro trabajo debe contribuir a fortalecer nuestra identidad. Debemos superar la tentación de mimetizarnos con el medio y transformarnos en otra cosa. Nosotros debemos crecer desde lo que somos.

A diario vemos instituciones que fueron católicas y por diversas razones, porque crecen demasiado o porque no crecen, terminan convertidas según el modelo secular. En ello incide por supuesto las personas. El cuerpo de académicos debe conservar su identidad católica para que la Academia permanezca siéndolo.

En segundo lugar, la Academia debe estar atenta a toda realidad para estudiarla e interpretarla con la luz de la Fe.

⁹ Sobre este punto se puede ver el ensayo de Mark Regnerus , “The death of Eros”, octubre 2017, First Things.

Como nos invita el Papa Francisco a la Iglesia a ser una institución en salida, también nosotros debemos abrirnos a las inquietudes de la sociedad que nos acoge.

Nuestra peculiaridad es ser un cuerpo multidisciplinario que puede salir de cierta estrechez de la especialización y brindar una perspectiva más integral.

Por último, lo más importante. Varios pensadores recientemente han reflexionado sobre qué hacer ante la virulencia de la cultura secularista.¹⁰

Uno de ellos es un ensayo muy interesante, *best seller*, de un periodista muy conocido ROD DREHER, llamado de “Benedict Option” y que propone revisar nuestra realidad a la luz de la epopeya de San Benito en el siglo VI, que permitió la construcción de una nueva civilización y la preservación de la cultura.¹¹

Como dijo Benedicto XVI sobre esta epopeya, San Benito y sus monjes no se propusieron un proyecto tan espléndido, solo buscaban a Dios QUARERE DEUM.

Esta me parece debería ser nuestra divisa, QUARERE DEUM, busquemos a Dios y tal vez nuestros proyectos serán bendecidos por la Divina Providencia.

La búsqueda de Dios y la disposición a escucharlo siguen siendo hoy y siempre, la base de cualquier cultura genuina.

¹⁰ Recomiendo, Chaput, Charles, “How Christians can rebuild our culture”, Crisis Magazine, 29 de agosto de 2014.

¹¹ Dreher, Rod, 2017, *The Benedict Option*, Random House, New York